

nas, Mary con los ojos inflamados y Berta radiante de alegría.

—Señoritas, dijo el marqués, venid, leed.  
Berta tomó la carta y leyó lo que sigue:

«Señor marqués de Souday.

»Conviene á la causa de Enrique V que anticipéis algunos días el alzamiento; reunid cuantos hombres resueltos podáis de vuestra división, y aprestaos á obrar cuanto antes.

»Me parece que dos amazonas no estarian de más en el ejército para estimular el amor propio de nuestros amigos, y de consiguiente, señor marqués, os suplico tengáis á bien darme vuestras dos bellascazadoras por ayudantes de campo.

»Recibid, etc.

»PETIT-PIERRE.»

—¿Es decir que partimos? preguntó Berta.—¡Pues no, contestó el marqués.—Entonces, papá, permitidme que os presente un recluta.—Con mucho gusto.

Mary permaneció muda é inmóvil como una estatua; Berta salió y al momento volvió á entrar llevando de la mano á Michel.

—El señor barón Michel de la Logerie, dijo la joven acentuando este título, desea probaros que S. M. el rey Luis XVIII no se equivocó al conferirle la nobleza.

El marqués frunció las cejas al oír aquel nombre, mas luego procuró poner buen semblante y dijo:

—Observaré con interés los esfuerzos que el señor Michel haga para conseguirlo.

Y pronunció esta lacónica contestación en el mismo tono que habría empleado Napoleón la víspera de la batalla de Marengo ó de Austerlitz.

## XXXVI

DONDE EL PIÉ MÁS BREVE DE FRANCIA Y NAVARRA DEPLORA

NO LLEVAR CALZADO DE AGUADOR.

Con permiso del lector retrocederemos algunas horas para seguir en su fuga al conde de Bonneville y á Petit-Pierre, que, como hemos visto, no son los personajes menos importantes de esta historia.

Justísimas eran las suposiciones del general, pues al salir del subterráneo los nobles vendeanos deliberaron en la hondonada acerca del camino que convenía tomar; Gaspar opinaba que debían andar juntos, no habiéndosele ocultado la emoción de Bonneville cuando Michel anunció la llegada de la columna, ni el importantísimo sentido de aquellas palabras del conde: «Ante todo salvemos á Petit-Pierre;» de suerte que desde entonces no cesó un punto de examinar el rostro del aldeanillo á la luz de los cirios, portándose con él de un modo reservado al par que altamente respetuoso, y tomando con calor la palabra en la deliberación.

—Habéis dicho, caballero, observó dirigiéndose al de Bonneville, que importa sobremanera á la causa que defendemos la salvación de la persona que os acompaña. Por lo tanto, me parece muy natural que le sirvamos de escolta, á fin de que si se presenta un peligro, lo cual es muy fácil, podamos protegerle con más eficacia.—Cierto, contestó el conde de Bonneville; mas ahora no se trata de pelear sinó de huir, y creo que la fuga será tanto más fácil cuanto menor sea el número de fugitivos.—Considerad, conde, dijo Gaspar frunciendo el entrecejo, que para una cabeza de veinte y dos años es mucho cargar con la responsabilidad de un depósito tan precioso.—Considero, contestó el conde con altivez, que mi adhesión es el único juez competente en esta materia, y que trataré de hacerme digno de la confianza con que se me ha honrado.

Petit-Pierre permanecía callado en medio del grupo, y



juzgando que había llegado ya el momento de intervenir, habló de esta manera:

—¡Cómo! ¿Será posible que el cuidado de proteger á un insignificante aldeanillo encienda la tea de la discordia entre los principales campeones de nuestra causa? Permitid que hable yo á mi vez, para deciros que esta no es ocasión de perder tiempo en discusiones inútiles. Ante todo, continuó con acento conmovido por el reconocimiento, os suplico que perdonéis el incógnito con que me he presentado á vosotros, á fin de conocer con certeza vuestras opiniones: Petit-Pierre las conoce ya, y la regente obrará en consecuencia. Ahora debemos separarnos; bastaráme un albergue cualquiera para pasar la noche, y el señor conde de Bonneville, que conoce el país á palmos, sabrá encontrarlo.—¿Cuándo podremos conferenciar con S. A. R.? preguntó Pascual inclinándose.—Cuando S. A. R. haya encontrado un palacio para S. M. proserita, Petit-Pierre os llamará, porque es incapaz de olvidar á sus amigos.—Petit-Pierre es un buen muchacho, exclamó alborozado Gaspar, y sus amigos le probarán que son dignos de él.—Adiós, amigos míos, dijo Petit-Pierre, ha cesado ya el incógnito, y me alegro infinito, Gaspar, de que vuestro corazón no haya dejado engañarse por él: démonos la mano como buenos camaradas, y separémonos, que ya es hora.

Todos besaron sucesivamente la mano que Petit-Pierre les presentaba, y luego desaparecieron en distintas direcciones, dejando á Bonneville y á Petit-Pierre solos en el camino.

—¿Y nosotros? preguntó éste á su compañero.—Nosotros vamos á tomar una dirección opuesta á la suya.—En marcha, pues.—Deteneos; antes preciso que vuestra alteza....—¡Bonneville! olvidáis ya lo convenido.—Es cierto; perdonad, señora.—¿Otra vez? ¡sois incorregible!—Es preciso que Petit-Pierre me permita llevarle en hombros.—Con mucho gusto; ahí tenéis una piedra que parece colocada ex profeso, acercáos.

Encaramóse Petit-Pierre, y púsose á horcajadas sobre los hombros del conde.

—Lo hacéis á las mil maravillas, dijo éste echando á andar.—¡Oh! es que en mi infancia tuve grande afición á jugar al paso.—Ya veis que siempre sirve para algo la buena educación.—Decid, conde, si podemos hablar.—Sí, por cierto.—Entonces, vos que sois chuan viejo me explicaréis

porqué voy sentada en vuestros hombros.—Curiosillo sois.—No lo creáis, pues he accedido á vuestro deseo sin chistar, á pesar de que esta postura es bastante crítica para una princesa de la casa de Borbón.—No veo yo tal princesa.—Es verdad, mas no me explicáis por qué he de privarme de correr á mi sabor privándoos también de hacerlo.—Preguntadle á vuestro pié porqué es tan diminuto.—Diminuto podrá ser, pero es firme, contestó Petit-Pierre como herido en su vanidad.—No lo niego; mas es muy pequeño para no ser conocido.—¿Por quién?—Por los que van á seguirnos.—¡Dios mío! exclamó Petit-Pierre con burlona tristeza: ¿quién había de decirme que en alguna ocasión sentiría no tener el pié de la duquesa de X?...—¡Pobre marqués de Souday! ¿qué pensaría al oiros hablar de los piés de las duquesas él que tanto se admiraba de vuestro conocimiento de la corte?—¿No le dije que había sido paje? Ya comprendo que no queréis que se conozcan mis huellas; mas como no siempre podremos viajar así, este maldito pié encontrará tarde ó temprano algún sitio donde estamparse.—Descuidad, vamos á despistar los perros, siquiera por un rato. Dicho esto dirigióse el joven á la izquierda, donde se oía el murmurio de un arroyo.—¿Qué hacéis? preguntó Petit-Pierre. ¿Adónde vais con agua hasta las rodillas?—Dejadme hacer; trabajo les mando si quieren seguirnos.—¡Bravo! debíais haber nacido en una selva virgen ó en la soledad de las pampas: si necesitan una huella para encontrarnos, difícil será que puedan dar con esta.—No lo toméis á broma, nuestro perseguidor está acostumbrado á todas estas tretas: ha peleado en la Vendée, en los tiempos en que Charrette casi solo tenía á raya á todos los azules.—¡Mejor que mejor! dijo alegre Petit-Pierre; siempre da gusto luchar con enemigos de valer.

A pesar de esta exclamación, Petit-Pierre quedó pensativo en tanto que Bonneville continuaba luchando con los guijarros y las ramas atravesadas en la corriente que le impedían el paso. Así continuó andando bastante espacio por el lecho del arroyo. Entonces torcía este mezclando sus aguas con las de otro más caudaloso, que era el que corría al pié del *sendero de las Cabras*; mas pronto llególe á Bonneville el agua á la cintura, y vióse precisado á invitar á Petit-Pierre á que se sentase sobre su cabeza, si quería ahorrarse un molesto pediluvio. Como el álveo iba profundizándose cada vez más, vióse por último obligado á saltar á la orilla y á



seguir andando por ella. Desgraciadamente los dos fugitivos huyeron de Scila para dar en Caribdis, pues la ribera estaba cubierta de maleza acabando por obstruirles el paso, y Bonneville tuvo que apearse á Petit-Pierre, recomendándole que no le siguiese; mas á pesar de la frondosidad de los espinos y de la oscuridad de la noche, penetró osadamente en el soto, avanzando hacia la derecha con la habilidad de los prácticos en la vida de los bosques. Esta táctica le valió, pues á los cincuenta pasos encontró una vereda.

—Me alegro, dijo al verla Petit-Pierre; aquí por lo menos podremos andar.—Y sin dejar huellas, respondió Bonneville hincando el pié en la roca.—¿Hacia donde vamos?—Ahora que hemos empezado á despistar á nuestros perseguidores, si los hay, podemos ir á donde mejor os plazca.—Ya sabéis que para la tarde de mañana he dado cita en la Cloutiere á nuestros amigos de París.—Podemos ir allá sin salir de los bosques, en donde siempre estaremos más seguros que en la llanura. Por un sendero que conozco iremos á la selva de Couvois, y de allí al gran Erial, á cuyo oeste se encuentra la Cloutiere, aunque no podremos llegar allí.—¿Por qué?—Porque para los rodeos que habremos de dar necesitamos seis horas, y es mucho andar para una noche; sin embargo, conozco un cortijo á una legua de la Benate, en donde seremos muy bien recibidos.—Adelante pues, ¿hacia dónde?—Yo os precederé: tomemos por la derecha.

Púsose en marcha Bonneville y siguióle su compañero. De vez en cuando el primero se detenía para reconocer el camino y para que descansase Petit-Pierre, anunciándole de antemano todos los accidentes del terreno con una precisión que indicaba que conocía la selva de Machecul.

—Ya veis, dijo de pronto deteniéndose, que evitamos todo lo posible los senderos trillados.—¿Por qué?—Porque en ellos se buscarán nuestras huellas.—¿Y éste es el más largo?—Y el más seguro.

Anduvieron luego diez minutos sin decir palabra, pasados los cuales Bonneville hizo alto cogiendo el brazo de su compañero.

—¿Qué pasa? preguntó este.—¡Silencio! ó hablad muy bajo.—¿Por qué?—¿Oís?—Nó.—Yo oigo voces.—¿En dónde?—Allí, á unos quinientos pasos de nosotros; y aun me parece ver luz entre el follaje.—Es verdad.—¿Qué podrá ser?—Eso digo yo.—¡Diantre!—Puede que sean carboneros.—

No es esta la época de hacer carbón, y dado que lo fuesen, no me atrevería á confiar en ellos.—¿No sabéis otro camino?—Sí tal.—¿Pues?—No quisiera tomarlo sinó en el último apuro.—¿Por qué?—Porque hay que atravesar un pantano.—¿Qué importa? ¡Si vos andáis por el agua como san Pedro!—¿Acaso no conocéis el pantano?—He cazado en él más de cien veces, pero....—Pero ¿qué?—Pero de día.—Pues si no queréis atravesarlo, arrostramos la hoguera de esas gentes: os confieso que no me vendría mal calentarme un poquito.—Quedaos aquí, mientras voy á ver quienes son.—Ya, pero...—Nada temáis.

Y Bonneville desapareció sigilosamente en las tinieblas.

### XXXVII

#### A BUENA HAMBRE NO HAY PAN DURO

Apoyóse entonces Petit-Pierre en un árbol, y en esta postura esperó callado, fijos los ojos y atento el oído, sin percibir más que una especie de murmullo hacia el lado de la hoguera. De pronto relinchó un caballo, y casi al mismo tiempo percibióse un ligero ruido en la maleza, apareciendo después una sombra. Era Bonneville que miraba á todos lados sin ver á su compañero: llamóle dos veces, y éste acudió dando un salto.

—¡Alerta! dijo arrastrándole el conde.—¿Qué sucede?—No hay que perder un momento; venid. Y echando á correr añadió: Era un vivac de cazadores. Si no hubiese habido más que hombres habría podido acercarme al fuego sin temor; mas un caballo me ha descubierto con su relincho.—Lo he oído.—Entonces ya comprenderéis que es cuestión de piernas.

Y silenciosos siguieron corriendo cerca de quinientos pasos por el bosque, y al llegar á la espesura dijo el conde á Petit-Pierre.

—Detenéos un instante para cobrar aliento mientras trato de orientarme.—¿Nos hemos extraviado? preguntó inquieto



Petit-Pierre.—Nó; estoy buscando un medio de evitar el maldito pantano.—Si pasando por él abreviamos camino, adelante.—Preciso será.—Pues guiad.

Echaron á andar en distinta dirección internándose en el soto, hasta que al cabo de diez minutos empezaron á aclararse los matorrales y á ser menos densa la oscuridad; encontrábanse entonces en el lindero del bosque, y oíase ya el murmullo de los arbustos de la ribera agitados por el viento.

—¡Hola! exclamó Petit-Pierre, parece que ya hemos llegado.—En efecto; mas debo advertiros que este es el momento más crítico de nuestro viaje.

Sacó el conde del bolsillo una navaja que podía muy bien pasar por puñal, cortó un arbolillo, desmochólo y ocultó las ramas con sumo cuidado.

—Ahora, Petit-Pierre, es menester que os resignéis á cabalgar de nuevo sobre mis hombros.

Así se hizo, y ambos entraron en el agua, por la cual anduvieron con suma dificultad, pues aunque Bonneville tanteaba con el palo un vado que no existía, el lodo le llegaba á las rodillas, y con gran dificultad podía sacar los piés del cenagoso lecho cual si el pantano se negase á restituir su presa.

—¿Queréis que os dé un consejo? preguntó Petit-Pierre. Detúvose Bonneville y enjugóse el sudor. Si en lugar de chapuzar en el fango anduvieseis por aquellos juncos, me parece que avanzaríamos mejor.—Sin duda, pero también sería más visible nuestra huella. Un momento después añadió: No importa, tenéis razón.

Cambió el conde de dirección y encaminóse á los juncos, que con sus entrelazadas raíces habían formado una especie de islote en la superficie del agua. Después de probar el mancebo su solidez con el bastón, saltaba del uno al otro; mas como el peso de Petit-Pierre disminuía notablemente su ligereza, resbalaba muy á menudo, y viendo por último que de aquel modo no tardarían en agotarse sus fuerzas, rogó á su compañero que bajase por un instante.—Estáis cansado, pobre Bonneville. ¿Es muy largo este pantano?—Nos faltan todavía doscientos ó trescientos pasos; después llegaremos pronto á la vereda de la Benate que nos conducirá directamente al cortijo donde debemos pernoctar.—¿Podréis ir hasta allí?—Así lo espero.—¡Dios mío! ¡cuánto daría por poder llevaros á mi vez ó por lo menos andar á

vuestro lado! Estas palabras reanimaron al conde, quien, renunciando á su segundo sistema, volvió á andar por el lodo, el cual cada vez era más movedizo. De pronto Bonneville resbaló, hundióse y vióse casi completamente cubierto de agua. Entonces exclamó:

—Si me hundo del todo, hacéos á la derecha ó á la izquierda; los pasos peligrosos nunca son anchos.

Hizose en efecto á un lado Petit-Pierre, nó para salvarse sino para librar de su peso á Bonneville, y con el corazón oprimido y los ojos preñados de lágrimas al ver aquel rasgo sublime de abnegación, dijo:

—¡Amigo mío! pensad en vos, lo quiero, lo mando.

El agua llegaba ya á la cintura del conde, quien felizmente pudo apoyar el bastón en los juncos, y ayudado de Petit-Pierre logró salir del apuro. Un rato después el terreno fué ya más sólido, dibujóse claramente en el horizonte la línea sombría de los bosques, y los fugitivos llegaron á la orilla del estanque.

—¡Gracias á Dios! exclamó Bonneville.—Para siempre sea loado, amén; añadió Petit-Pierre al notar que su compañero tocaba ya firme; estaréis estropeado.—Estropeado, nó; pero algo cansado.—¡Dios mío! ¡pensar que no tengo para reanimaros ni siquiera la calabaza del soldado y del peregrino, ni el mendrugo del mendigo!—No saco yo las fuerzas del estómago.—¿De dónde pues? me gustaría saberlo.—¿Tenéis apetito?—No me disgustaría comer algo.—Ahora me hacéis sentir una necesidad que aun no había experimentado.

Echóse á reír Petit-Pierre, y chanceándose para animar á su compañero, le dijo:

—Bonneville, llamad al ujier y participad á los gentiles-hombres de mesa y boca que deseo comer una de esas aves que há poco he oído chillar á nuestro paso.—S. A. R. está servida, dijo el conde hincando la rodilla y presentándole sobre la copa del sombrero un objeto que aquella cogió precipitadamente, exclamando luego:—¡Pan! pan bazo.—De noche todos los gatos son pardos.—Pan duro, muy durísimo.—A buen hambre no hay pan duro.

Y Petit-Pierre empezó á morder con ahinco aquel mendrugo que había estado secándose durante dos días en el bolsillo del conde. De pronto dijo:

—¿No es verdad que desespera pensar que el general



Dermoncourt está despachando nuestra cena en el castillo de Souday? Pero perdonad, mi querido guía, me olvidaba ofreceros la mitad de mi cena.—Gracias, mi apetito no llega hasta el punto de comer guijarros, pero en cambio de vuestro ofrecimiento, voy á enseñaros un modo de ablandarlos.

Al terminar esas palabras cogió el pan, lo hizo á pedacitos, fué á remojarlos á una fuente que cerca de allí había, ofreciéndolo luego á su hambriento camarada.

—En verdad os digo, observó éste, que de veinte años á esta parte no he cenado con tanto gusto: os nombró mi mayordomo.—Y yo, contestó el conde, vuelvo á ser vuestro guía. Dejémos de regalos como ese, y sigámos andando.—Pronto estoy, dijo Petit-Pierre levantándose alegremente.

Atravesaron el bosque, y al cabo de media hora llegaron á la orilla de un arroyo para cuyo vado trató de emplear Bonneville su sistema acostumbrado; mas al primer paso, llególe el agua á la cintura, al segundo al cuello, y viéndose arrastrado por la corriente, cogió la rama de un árbol, y volvió á la orilla para buscar un paso. Entonces vió un árbol que el viento había derribado de una á otra orilla, y dijo á su compañero:

—¿Os atreveríais á pasar por ahí?—Si vos lo hacéis también lo haré yo.—Vamos, dijo el conde saltando sobre el árbol, andad con tiento.—¿Queréis que os siga?—Aguardad: os daré la mano.—Héme aquí.... ¡Dios mío! ¡cuánta habilidad se necesita para andar por el campo! jamás lo hubiera dicho.—No habléis, no os distraigáis por Dios. Esperad un momento: voy á cortar una rama que os estorbaría.

Al inclinarse el conde para ejecutarlo, oyó á sus espaldas un débil quejido, y el rumor de un cuerpo que caía al agua. Sin volverse ni siquiera pensarlo arrojóse al río temblando de emoción, y cogiendo la pierna de Petit-Pierre llegó nadando á la opuesta orilla. Su desgraciado compañero no hacía el menor movimiento; tomóle en brazos, acostóle en la hojarasca, le llamó repetidas veces y lo meneó en todos sentidos, pero Petit-Pierre permanecía mudo é inmóvil. Mesabase desesperado el conde los cabellos exclamando:

—¡Yo tengo la culpa! ¡Dios mío! esto es un justo castigo de mi orgullo; confié demasiado en mis fuerzas al responder

de él. ¡Dios mío! ¡mi vida por un suspiro, por un aliento suyo!

El aire fresco de la noche pudo más para volver los sentidos á Petit-Pierre que todas las lamentaciones de Bonneville, quien al ver que volvía en sí, y cuando ya hablaba de no sobrevivir á aquella cuya muerte había causado, exhaló un grito de alegría y cayó de rodillas ante Petit-Pierre que había comprendido sus últimas palabras.

—Bonneville, dijo éste, acabo de estornudar, y no me habéis dicho: ¡Dios os valga!—¡Viva! exclamó Bonneville.—Sí, viva, gracias á vos.—Pero calada hasta los huesos.—Sí, tengo llenos de agua los zapatos: os aseguro que me corre por el cuerpo de un modo desagradable.—Y no tenemos fuego ni con qué hacerlo.—Ya entraremos en calor andando; hablo en plural, porque debéis estar tan mojado como yo, como que habéis tomado tres baños.—No os cuidéis de mí: ¿podréis andar?—Sí por cierto, mas dejadme vaciar los zapatos.

Bonneville la ayudó en su tarea, le quitó la chaqueta, y después de retorcerla le dijo:

—Ahora, compañero, vamos á la Benate sin pérdida de tiempo.—Buena la hemos hecho al alejarnos de aquella hoguera, que ahora nos vendría de perlas.—Sin embargo, contestó desesperado Bonneville, no era prudente arriesgarlos.—Vaya, no toméis por lo serio mi reflexión. ¿Sabéis que vuestro carácter es particular? Ea, adelante: desde que he empezado á andar me parece que va secándose la ropa; dentro de diez minutos voy á sudar.

Bonneville echó á andar con tanta celeridad que Petit-Pierre á duras penas podía seguirle, y le llamaba algunas veces para recordarle que tenía el paso más corto; pero el conde en su turbación había equivocado sin duda la senda, y no acertaba á comprender cómo se había extraviado: detúvose varias veces mirando al rededor suyo, y luego volvía á andar con frenético ahinco. Por último Petit-Pierre alcanzóle corriendo y le dijo:

—¿Qué hay?—Que soy un menguado, pues confiando en mi conocimiento del país me he ofrecido á guiaros, y....—Y nos hemos extraviado.—Mucho lo temo.—Segura estoy de ello; hé aquí una rama que yo misma he cortado; hemos pasado por aquí muchas veces sin movernos de un círculo.—¡Ah! respondió Bonneville, ya comprendo la causa



de mi error.—¿Cuál?—Que al salir del agua estaba tan trastornado que lo he hecho por el mismo punto por donde habíamos venido.—¿De suerte, añadió Petit-Pierre soltando una carcajada, que de nada nos ha servido el baño que acabamos de tomar?—Señora, os ruego que no os chanceéis; vuestra alegría me traspasa el corazón.—Ya; pero á mi me hace entrar en calor.—¿Tenéis frío?—Un poco; mas no es esto lo peor.—¿Qué más hay?—Media hora há que no os atrevéis á confesar que nos hemos extraviado, y desde há una hora no me atrevo á confesaros que no puedo tenerme en pié.—¿Qué haremos? ¡medrados estamos!—¿Tendré que encargarme de vuestro papel para infundiros valor? Deliberemos: ¿cuál es vuestro parecer?—Que nos es materialmente imposible llegar esta noche á la Benate.—Pues ¿qué haremos?—Conviene llegar antes del amanecer á la alquería más próxima.—Corriente, pero ¿cómo nos orientamos?—No hay ninguna estrella en el cielo, ni luna siquiera.—Ni brújula, añadió zumbándose Petit-Pierre para infundir valor á su compañero.—¡Ah! ¡qué idea! A las cinco de la tarde he visto por las veletas del castillo que el viento soplabá al este.

Y así diciendo alzó el dedo mojado en saliva.

—¿Qué hacéis?—Una veleta: el norte está allí; siguiendo esta dirección llegaremos á la llanura por el lado de San Filiberto.—Ya; pero la dificultad está en andar.—¿Queréis que pruebe de llevaros en brazos?—Páreceme que bastante haréis con llevaros á vos mismo.

Hizo la duquesa un penoso esfuerzo para levantarse, pues durante este coloquio había estado sentada al pié de un árbol, y añadió:

—No temáis, ya domaré yo estas rebeldes piernas.

Dió en efecto cuatro ó cinco pasos; pero tan cansada estaba y sus miembros tan envarados por el baño que acababan de tomar, que vaciló cual si la hubiese dado un vahido, y estuvo á punto de caer al suelo. Bonneville se arrojó á sostenerla, en tanto que ella exclamaba:

—Dejadme, señor de Bonneville, dejad á este débil cuerpo que no sabe ponerse á la altura del alma que encierra. ¡Ah! ¡yo llegaré á vencerle! ¡yo le obligaré á sujetarse á mi voluntad!

Y echó á correr con tanta velocidad que su guía apenas pudo alcanzarle; pero esa última tentativa acabó de agotar

las fuerzas de Petit-Pierre, de suerte que al llegar el conde á su lado la encontró sentada con el rostro oculto entre las manos y llorando de rabia más que de dolor.

—¡Dios mío! exclamaba, ¿por qué me habéis encomendado la tarea de un gigante con las fuerzas de una mujer?

Entonces á pesar suyo Bonneville la tomó en brazos, y empezó á correr á su vez resonando en sus oídos las palabras que Gaspar le había dicho al salir del subterráneo, conociendo ser imposible que un cuerpo tan delicado resistiese á tan violentas emociones y que cada minuto que trascurría era un peligro más para su existencia; y resolviéndose á hacer cuanto estuviera á su alcance para salvar el precioso depósito que le habían confiado, corría desaladamente sin advertir que perdía el sombrero, sin pensar en las huellas que tras sí dejaba. Sólo sentía que el cuerpo de Petit-Pierre se estremecía convulso, haciéndole dar el frío diente con diente, y agujoneado por este ruido, como el caballo corredor cuyos bríos crecen con los gritos de la muchedumbre, corría desalado y frenético; mas ese vigor ficticio fué menguando gradualmente, las piernas se le doblaron á pesar suyo, la respiración fué haciéndose trabajosa, un sudor helado le inundaba la frente, el pulso le latía con violencia, turbábasele la vista, y tropezando á cada paso hizo un esfuerzo sobrehumano y siguió corriendo como pudo hasta que Petit-Pierre gritó:

—¡Deteneos, os lo mando!—Nó, aun tengo fuerzas. ¿Como queréis que me detenga cuando llegamos al término de nuestro viaje y con otro esfuerzo puedo ponerlos en salvo? Mirad.

En efecto, distinguíase al extremo de la vereda una ancha faja rojiza que iba levantándose despacio en el horizonte, destacándose en ella algunas líneas negras con ángulos rectos que indicaban una casa. Clareaba, y habían llegado á la llanura; mas cuando Bonneville exhaló un grito de alegría al ver el fin de su vertiginosa carrera, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas, y luego de espaldas, en tanto que Petit-Pierre se ponía en pié tratando en vano de levantarle. Bonneville llevó las manos á la boca sin duda para hacer la señal de los chuanes; pero faltóle aliento, y sólo tuvo fuerzas para decir á Petit-Pierre: Acordáos.... y se desmayó.

La casa que acababan de divisar distaba unos ochocientos pasos; por lo tanto decidióse Petit-Pierre á dirigirse á



ella é implorar auxilio para su compañero. Al doblar una encrucijada vió á un hombre y llamóle; mas como éste no volviese la cabeza, recordando Petit-Pierre el aviso y las lecciones de Bonneville, dió un grito semejante al del mochuelo. Detúvose al punto el hombre, y retrocedió dirigiéndose á Petit-Pierre, quien le dijo:

—Amigo mío, si queréis oro lo tendréis; pero antes ayudadme á salvar á un moribundo.

Y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban echó á correr con la certeza de que el hombre le seguiría, llegóse á Bonneville que continuaba desmayado, y al levantarle la cabeza oyó la voz del desconocido que decía á sus espaldas:

—No necesito que me prometan oro para socorrer al señor conde de Bonneville. Miróle Petit-Pierre con más atención, y conociendo al guarda del marqués de Souday, exclamó en seguida:

—¡Juan Oullier! ¿Podríamos encontrar un albergue cerca de aquí?

El guarda contestó sin vacilar:

—No hay más que aquella casa en el radio de media legua.

Oullier pronunció esas palabras con visible repugnancia sin que petit-Pierre la notara.

—Es preciso que nos llevéis allí.—¿A aquella casa?—¿No son realistas sus habitantes?—No puedo responder de ello.

—Pongo nuestra vida en vuestras manos: ya sé que puedo fiar en vos.

Juan Oullier tomó en hombros á Bonneville todavía desmayado y de la mano á Petit-Pierre, encaminándose luego á la casa, que era la de José Picaud y su cuñada. Subió la escalera con tanta ligereza como si en vez de llevar á Bonneville sólo hubiese llevado su zurrón; mas al llegar al huerto, empezó á andar con cierta precaución. Todos dormían en la casa de José, aun cuando en el aposento de la viuda brillaba una luz, y veíase pasar muy á menudo una sombra por detrás de las cortinas. Juan Oullier vaciló un momento y luego dijo para sí:

—Bien considerado, lo mismo da. Y dirigióse resueltamente á la habitación de Pascual.

Abrió la puerta y vió al entrar el cadáver de Pascual tendido en la cama, entre dos cirios, y á la viuda orando junto á él. Al oír ésta el ruido de la puerta, se levantó, y Juan

Oullier sin soltar su carga ni la mano de Petit-Pierre la dijo:

—Viuda Pascual, esta noche os he salvado la vida en el sendero de las Cabras.

Miróle la viuda con extrañeza y como tratando de hacer memoria.

—¿No me creéis?—Sí, Juan; sé que sois incapaz de mentir.—Viuda Pascual, ¿queréis vengar á vuestro marido y enriqueceros al mismo tiempo?—¿De qué manera?—Ahí tenéis á la duquesa de Berry y al conde de Bonneville á quienes he encontrado casi muertos de hambre y de fatiga, que vienen á pedirnos un albergue.

Mirólos la viuda como asombrada y con grande interés, en tanto que Juan Oullier continuaba:

—Esta cabeza vale tanto oro como pesa: si la entregáis, vengáis á vuestro marido y seréis rica.—Juan Oullier, contestó la viuda con gravedad, Dios nos ha dado la caridad para todos, cualquiera que sea su alcurnia: han llamado á mi puerta dos infelices, y no los rechazaré; me piden asilo dos proscritos, antes se hundirá la casa que entregarlos.

Y con un sencillo ademán al cual imprimía la acción una grandeza sublime, añadió:

—Entrad todos, y bien venidos seáis.

En tanto que Petit-Pierre y Juan Oullier dejaban á Bonneville en una silla, díjole el guarda en voz baja:

—Señora, componéos los cabellos rubios que salen por debajo de vuestra peluca: lo que por ellos he adivinado y lo que acabo de decir á esa mujer, no conviene que lo sepan todos.

## XXXVIII

### IGUALDAD ANTE LA MUERTE.

Sobre las dos de la tarde de aquel mismo día salía Courtin de la Logerie so pretexto de ir á comprar en Machecul un bucy para la yunta, aunque en realidad su objeto era informarse de los acontecimientos de la noche anterior, los